



"Pequeñas voces"

Por Miguel Angel Diaz A.



Se ha dicho en todos los tonos que Chile es un país de postas, pero habría que reconocer que sólo algunos de éstos merecen llamarse como tales. No es cosa de sentarse frente a una máquina o ponerse a borronear algunas cuantas carillas, y así esperar que se produzca el milagro de la expresión del sentimiento. A veces se logra, es cierto, y para ello se ha necesitado horas y horas de vigilia, de borrar una y otra vez la palabra que no encaja en el conjunto, porque poco o nada se sabe cómo construir un verso, una estrofa o una composición determinada, pero por sobre todas las cosas así enunciadas, equivaldrá a nadar contra la corriente cuando al que pretende plasmar en la palabra su expresión creadora le falte por doquier una pequeña dosis de inspiración y otro tanto de experiencia en la materia.

Así las cosas, creemos estar en lo cierto si se afirma que la generalidad de nuestros poetas apenas si están en la etapa de gestación, de simple aprendizaje en este difícil oficio de expresar nuestros sentimientos e ideas a través de la palabra. ¿Qué decir, asimismo, de la calidad expresiva e conceptual de nuestra poesía? ¿No es cierto que abandonados ya los viejos moldes de una temática como lo romántico, por ejemplo, donde prima el sentimiento sobre la razón, hoy, en cambio, se prefiere lo cerebral, lo hermético u oscuro, y tanto el que escribe como sus posibles lectores parecen perderse en la llamada incomunicación humana? Tal parece ocurrir con nuestra actual poesía que, aparte de perder toda emoción o sentimiento, es también un terreno desértico, inexpressivo, deslavado no sólo por lo intraducible de su lenguaje, sino también porque ya es cosa del pasado que se vibre, se llene de emociones hondamente sentidas ante una imagen o metáfora bien dispuesta.

Todo esto debiera servir de base o como un pequeño tirón de orejas para aquellos que se lanzan sin más armas que un desmedido entusiasmo en esas zonas al parecer inalcanzables de la poética universal, principio y fin, por lo demás, de las altas virtudes espirituales del hombre. Más allá de estas necesarias lucubraciones, que no tienen otro fin que poner las cosas en su lugar y superando largo este escabroso camino, surge el nombre de **Mario Mora**, un poeta hecho y derecho, fino artífice del quehacer diario, que canta con igual gracia y galanura ya a los astros que surcan los acauces, al llanto de un niño abandonado, a la flor que en danza de colores muere calladamente al exhalar sus últimos perfumes, al hombre y a la mujer, en fin, los únicos amos en el mundo, después de la inminente presencia de Dios y la infinito. Para todos tiene una palabra de encomio, de un cántico sostenido, siempre que se lo merezcan, como así tam-

bién sabe ser testigo y parte para conminar con duros scenos toda vez que se comete alguna arbitrariedad a lo más digno en la esencia de un hombre.

Así, en versos finamente cincelados en crisoles de grandeza, conocedor a fondo de un lenguaje rico en tonalidades, amigo de usar discrecionalmente aquellos recursos poéticos que exige toda buena preceptiva, a cada instante nos sorprende con excelentes hallazgos expresivos, que vierte siempre en líricos acentos a través de bien construidas metáforas e imágenes. Su libro de versos "Pequeñas voces" encierra más que una timida exposición de motivos, todo un llamado a la conciencia del hombre, al incierto destino que le espera, rindiendo homenaje a través de su canto dolorido a diferentes y humildes personajes de la vida real, hasta recal en el clima de lo hogareño, y especialmente en las virtudes de la amada como mujer, como novia y como la santa unión de una madre... En sus 45 poemas estructurados en cuatro grandes capítulos: Naturaleza, Hogar, Amor y Reflexiones, nuestro poeta Mario Mora nos presenta varias aunque lejanas reminiscencias de grandes líricos como Juan Ramón Jiménez, Pablo Neruda, en sus breves poemas de amor y algo también de Nicanor Parra, cuando nos dice en versos tan inspirados como éstos: "En una primavera/murieron las verdades/y fuiste reducido/al hombre mínimo,/sin otra alternativa/que adorar nuevos dioses/y comer cada día/el pan de tu amargura".

Todos sus versos fueron escritos de acuerdo a una métrica libre, que no se somete a los viejos cartabones clásicos. De esta manera, cualquier poema del excelente poeta chilanejo Mario Mora (uno de los más destacados de una caravana de nueve escritores que vinieron de Chillán al "Encuentro de escritores chilanejos", celebrado en Santiago, 14-15 junio 85) puede leerse con la amabilidad y lograda conciencia artística que ellos representan, dejándonos no sólo una suave sensación de nostalgia por la fina urdimbre que entraña su parte formal y temática, sino el testimonio de un buen poeta que merece ser incluido en alguna de nuestras mejores antologías al respecto, porque canta con verdadero oficio a su patria, a sus hombres y especialmente a la naturaleza, sobre todo en su poema que titula "Sauce", que es modelo de egíptica belleza. Leamos algunos versos: "Lánguido amigo/de glauca vestidura,/espadachín del viento,/suave capa de lux./No tienes/la soberbia esbeltez/del eucalipto,/ni la fuerza vital/de los acacias,/ni el distinguido porte/de los álamos./Eres una canción/de viento y agua/la suave nervación del aire".

Ricardo Donoso [artículo] Luis Sánchez Latorre.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ricardo Donoso [artículo] Luis Sánchez Latorre. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)